

C
863
M

PQ 7297

.M31

C49

v.1

T.1-2

1907



ACERVO DE LITERATURA

115869

1907

Eduardo Páez Calderón

EL CERRO DE LAS CAMPANAS.

PRIMERA PARTE,

LA INTERVENCION.

CAPITULO I.

LA NOCHE TRISTE.

I

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"
Año. 1625 MONTERREY, MEXICO

La tarde del 31 de Mayo de 1863, el ejército de la República resueltamente abandonaba la capital.

La derrota de San Lorenzo y la rendición de Puebla, determinaron un nuevo plan de campaña.

A las cuatro de la tarde de ese memorable día, el Presidente Juárez y sus Ministros salieron para el interior del país, después de haber ordenado la retirada de las tropas.

El cuerpo de ejército tomó el rumbo de Toluca y un destacamento de dos mil hombres el de Querétaro.

El toque de "general" anunció la partida.

La consternación más horrible se apoderó de la ciudad, las mujeres y los niños se agolparon á los cuarteles para seguir á sus maridos y á sus padres, el pueblo abandonaba en masa sus hogares.

Los batallones comenzaron á desfilar.

En ese ejército había algo de sombrío, mucho de desesperación.

El ejército se retiraba sin precipitación alguna, los soldados marchaban en orden de "parada," era un movimiento militar no era una huida.

El ruido de sus cajas, sus banderas desplegadas, su silencio aterrador, era una protesta terrible, era una promesa de venganza, una evocación al porvenir de la República.

En el pórtico de las "Casas Consistoriales" una caballería formada de comerciantes alemanes se organizaba para recorrer la ciudad. La guardia española se dividió en destacamentos, cuidando el orden, amenazado por la efervescencia popular. Los cónsules habían salido á encontrar al general Forey, en jefe del ejército francés, para evitar los vergonzosos escándalos á que se entregan por lo común los ejércitos victoriosos. ¡Cierto es que los triunfos franceses en América, no serán enviados por los adoradores de las glorias militares!

Multitud de jinetes atravesaban á escape por las calles, el comercio estaba cerrado y en cada casa pasaba un drama de familia.

El pueblo, al palpar la realidad espantosa de su infortunio, se desbandó por las calles en imprecaciones amenazadoras, tomando unos grupos la salida de la ciudad, y otros desapareciendo en las tortuosas callejuelas de los barrios.

¡La capital estaba perdida!

Para las almas encarceladas en la ruindad del sentimiento y á quienes les está vedada la luz del porvenir, la República había expirado. Para los corazones nobles, que ven en los acontecimientos hechos aislados, caracteres esparcidos que no forman el sentido de una palabra, la ocupación francesa era el principio de la guerra, los preliminares de un duelo, el prólogo de esa lucha sostenida heroicamente y que forma los títulos más gloriosos de la Independencia Mexicana!

II.

El sol había caído en la tumba del ocaso y la apacible luz de la luna blanqueaba los edificios y las cúpulas de la ciudad. El ruido apenas se dejaba oír como el murmullo del mar en calma.

A la puerta de una casa situada en el centro de la ciudad, había un grupo de cinco hombres, que revelaba desde luego ser oficiales del ejército mexicano. Su alegría contrastaba con la situación verdaderamente triste que guardaba la ciudad.

Uno de esos oficiales era el que llevaba la palabra —

— Si viviera mi general Zaragoza, decía echándose el sombrero á los ojos, no estaría el *gabacho* en Puebla; pero como los muertos no viven, está claro que todo se ha de perder; ¡por vida del diablo! lo que siento más es mi equipaje, allí estaba mi cruz del 5 de Mayo. ¡Válgame la Virgen de Guadalupe y

todos los demonios! qué zumba llevaron esos *franchutis*; así, como que *galopeaban* por el cerro, á mí me agujerearon el sombrero dos *deditos* más abajo, y el capitán Martínez estaría en la *Cocina grande*. He peleado con el *mocho* tres años; pero estos franceses no *tienen madre*, son entradores! aquí están los compañeros que me han visto *rifar*, de veras soy bueno.

El capitán Martínez presenta la particularidad de ser un fanfarrón que cumple lo que promete. Durante la *revolución progresista*, se le habían visto actos de valor increíbles, audaz para penetrar en las plazas enemigas, para examinar el campo y decidido en el combate, era todo un guerrillero, con la experiencia aunque sin el aplomo de un veterano.

El capitán Martínez era uno de aquellos hombres que se encuentran en todas las revueltas políticas, que se aprovechan en los lances más críticos y que después se les olvida, sin que ellos se den por sentidos, pues al primer toque de alarma ya están presentes y decididos á arriesgar su vida, más bien en defensa de sus jefes que de la idea revolucionaria.

Martínez había acompañado á Zaragoza, y era fanático por todos los jefes que defendieron la plaza de Puebla.

Tenía la cruz de las Cumbres y del 5 de Mayo.

El equipaje que tanto lamentaba consistía en un uniforme viejo y unos certificados de sus jefes; es verdad que con él perdía todos los objetos que componían su fortuna.

En los momentos de la retirada lo había nombrado su ayudante el coronel Fernández, que era la persona á quien aguardaba en compañía de otros tres oficiales de Estado Mayor y dos asistentes.

Martínez no contaba nunca haber permanecido dos horas en silencio consecutivas, pues aunque durmiera continuaba hablando.

Esa cualidad lo hacía muy recomendable, así es que todos lo buscaban para pasar el rato. Jugaba la paga antes de recibirla, pedía prestado á premio al pagador, tocaba la guitarra, catataba canciones picantes, era bromista con las muchachas, galante con las viejas, excelente amigo y más excelente tomador de coñac y el fanfarrón más valiente y acabado.

Con estas cualidades, el capitán Martínez era siempre el ídolo de sus jefes y el niño mimado del regimiento.

La charla continuaba.

— Me consta, uno de los interlocutores, mi capitán es planchado, el día de la batalla de las Cumbres se lanzó á las ancas del caballo del General Arteaga, ¡pobre general! estaba atravesado de un balazo.

— Y con bala "crónica," añadió Martínez retorciéndose los bigotes. Yo lo llevé á un publicito y lo tuve oculto de los franceses hasta que lo pude traer á México. Se había hecho

duro de genio con sus dolencias, una noche me bautizó con la bebida de la botica, ¡pobre general! Ese sí vale lo que pesa, ¡y cuidado, que puesto en la romana se lleva catorce arrobas!

—Pelea como demonio, dígalo el “colorado” y “Calamanda,” hasta las orejas nos chamuscaron.

—Esas son tortas y pan pitado, replicó Martínez, si ustedes hubieran estado en San Javier, allí si que se batía el cobre de lo lindo; ¡que gabachos! con su artillería nos demolieron la trinchera, y ¡zas! al asalto, y ¡zas! á rechazarlos mil veces hasta que.....¡demonio! y pensar que todo se lo ha llevado Judas.

¿Y Pitimini? dijo uno de los oficiales.

—¡Viva la patria! exclamó el capitán y echó el sombrero por lo alto. Allí nos revolvimos como parvada de gansos y esto fué “carnear,” y reventó la mina, y saltaron las piedras, y nos cubrieron los escombros, salí como largartija de entre las piedras, con las rodillas desolladas y un chinchón en la frente que parecía unicornio.

—Mi general Llave no tiene rival; cuando se hable de valientes es necesario quitarse el sombrero. ¡Satanás y sus cuernos! Hay hombres que viven por que Dios es grande, y es también porque las balas conocen cuando se les tiene miedo.

Yo tengo una regla en materia de proyectiles; los que chillan no hacen nada.

En cuanto á los sables de cazadores de Africa parecen navajas de barba: rebanan á los hombres como si fueran melones. El pedazo de oreja que me falta dará razón de mi dicho, como dicen los tinterillos. Yo perdí un trozo de oreja, pero el gabaello no me la quedó á deber, quebré mi caballo y lo dejé pasar con toda la fuerza de su árabe, entonces le prendí la “reata” y esto fué sacarlo del albardón y arrastrarlo hasta que ya no pesaba.

Aquí, donde ustedes me ven, yo debían estar en Francia, ya estaba en la lista de los prisioneros, cuando el general Berriozábal montó en su caballo, en los bigotes de los franceses y dijo: por aquí que no peco, y se salió á la pura canilla; yo que también soy hijo de mi madre dije: piés para qué os quiero, y seguí al general hasta ponernos en salvo; mi coronel Fernández se había escapado primeros que yo, lo busco, lo encuentro, y ¡cataplúm! un abrazo, y en la orden general se me dió á reconocer como ayundante de la persona.

Yo no he de dejar la revolución hasta “dejar la salea” en manos de los gabachos.....¡Qué demonio! el coronel no parece y la tropa sigue de prisa su retirada; esperen aquí un momento voy á darle unas pocas de ansias.

III.

El capitán Martínez penetró en el interior de la casa, subió la escalera, atravesó el corredor y se detuvo á la puerta de la antesala.

Entonces se presentó á su vista un cuadro tristísimo de familia.

El coronel Fernández, aquel hombre nutrido en las vicitudes de las campañas y los peligros más inminentes, aquel corazón que los soldados juzgaban de hierro, aquella frente siempre serena en los combates y aquellos ojos atravesados por el rayo, todo había sufrido una metamorfosis completa.

El coronel yacía arrodillado á los piés de una anciana cuya cabeza descansaba en el pecho de aquel hijo querido, de aquel hijo único que era toda su esperanza.

La anciana lloraba y sus lágrimas caían en las manos del soldado como gotas de fuego.

—¡Madre! dijo procurando contener los hondos sollozos de su corazón, ya tu frente está cubierta de surcos y tus cabellos blanquean con el hielo de la vejez, madre! tú lloras y yo arranco á tu pecho esos suspiros ¿qué tienes? ¿por qué sufres? ¿acaso esta separación es eterna? ¿no vela tu cariño por la existencia de tu hijo? ¿no me alcanza á todas partes como la luz del sol á todo el horizonte?.....madre, no llores.

—¡Pero los peligros! ¡pero la muerte! dijo la pobre anciana.

—No temas, exclamó el guerrillero cubriendo de besos aquella frente venerada, y parándose violentamente dirigió su mirada á una imagen de la Virgen, y en el trasporte de su dolor y cariño filial, dijo, dirigiéndose á la madre de Dios:

—Voy proscrito en mi misma patria, acaso los pesares abran la tumba á la que me ha dado el ser! no, no, tú no permitirás que yo esté separado de ella en los momentos supremos de su agonía, yo quiero recibir su último aliento y su postrera bendición.

¡Madre de Dios, oye estos votos, que levanto desde el fondo de mi alma hasta tí, vela por mi madre ella es el único tesoro en mi infortunio; mártir sobre la tierra, deposita al menos su último beso en la frente de su hijo!

Después de este arrebató religioso tornó á arrodillarse para recibir la última bendición; pero la anciana estaba desmayada.

El capitán Martínez se dió una palmada en la frente y se arrojó por las tinieblas de la escalera, echando una andanada de maldición como alma que se lleva el diablo. Y era que aquel

corazón sentía renovarse sus heridas. Además, tenía fanatismo por su coronel y aquella ofrenda de amor filial le había conmovido hondamente.

Llegó á la puerta de la casa con los ojos llenos de lágrimas, no obstante, se puso á silbar la popular canción de los "Cangrejos."

Pocos momentos después apareció sereno como siempre el coronel Fernández.

—Aguarden un cuarto de hora más, dijo, que es lo que necesito para el arreglo de un negocio.

—Está bien, si necesita el coronel de compañía estamos á sus órdenes

—No, respondió secamente el coronel y se echó á andar procurando no meter ruido con sus acicates.

—Esto es cosa de tomar asiento, exclamó Martínez, y se sentó en el quicio del zaguán.

Sus compañeros siguieron su ejemplo é inaugurando la tertulia, siguió el relato exagerado de sus aventuras.

IV.

Eran las 11 de la noche.

La casa de la familia Fajardo estaba concurridísima.

El Sr. Fajardo y familia pertenecían á la sociedad conservadora, así es que estaban de felicitación.

Tres ó cuatro generales del antiguo régimen, otros oficiales subalternos del depósito, empleados cesantes, media docena de viejas reaccionarias y otros socios de la propaganda intervencionista formaban la tertulia, en cuyo centro se encontraba el Sr. D. Modesto Fajardo y su esposa Doña Canuta.

El Sr. Fajardo era un hombre alto, erguido como un ganso disecado, de nariz arremangada y frente mezquina. Usaba patillas y un pelucón color de cerda de jabalí, que se elevaba á tres centímetros de su frente, sostenido por una peineta.

Era un hombre de chaleco blanco con botón dorado, saco rabón y pantalón de mameluco. Los cuellos de su camisa se detenían en la parte baja de las orejas, y en la pechera ostentaba un brillante montado en plata, que figuraba la cabeza de un pavo de esmalte azul.

Traía atado á una gruesa cadena de oro, uno de aquellos relojes del vireinato, que nunca han ido á la tienda del relojero, ni discrepado un minuto. Cierta es que se necesitaba una persona como el Sr. de Fajardo para cargar esa máquina construida para un campanario y no para un ser viviente.

El Sr. de Fajardo era un diplomático consumado. Había sido archivero del Ministerio de Relaciones.

El general Bustamante lo había llevado á la legación de Roma, y esto le había dado un concepto entre sus partidarios, que lo juzgaban un Metternich.

El Sr. Fajardo fué perseguido por estar siempre en los corrillos de sacristía dando *noticias falsas* que él llamaba *juegos diplomáticos*.

Las prisiones hacen héroes, así es que el susodicho personaje, se declaró cabeza y jefe del partido *Conservador*, y todas las momias del primer imperio y administraciones reaccionarias buscaban su talento diplomático como á una sibila.

El Sr. de Fajardo decía magistralmente sobre cualquier punto y sobre cualquiera materia. Era un hombre que no se detenía ante ningún obstáculo.

En el negocio de Jecker había hecho su agosto, y sus negocios caminaban viento en popa.

Dueño de una gran fortuna, se entregaba á las ilusiones de la intervención, creyendo desempeñar uno de los primeros puestos al advenimiento de los franceses.

La señora de Fajardo era una vieja enjuta como una caña en invierno, no había en toda ella más protuberancia que su larga nariz amoratada color de rábano, sus labios formaban una línea imperceptible, su barba era pequeña y sus ojos redondos y chicos; pero chispeantes en extremos su frente inmensamente grande y su pelo castaño muy ralo. La señora de Fajardo era blanca, de su blanco albayalde puesto siempre en contraste con los colores de sus vestidos, que por lo común eran verdes, divisa de la secta reaccionaria.

La susodicha señora le había, como vulgarmente se dice, bebido los alientos al señor su esposo, y era literaria y diplomática, sabía francés, escribía editoriales y era el mentor del Sr. de Fajardo, que entre paréntesis el talento no era su fuerte.

Doña Canuta era oriunda de Sombrerete, hija de una familia humilde, y el Sr. de Fajardo último vástago de un comerciante de Tepic.

En la feria de San Juan de los Lagos se habían conocido estas dos notabilidades.

Las piedras rodando se encuentran. Una mirada eléctrica cruzó entre aquellos dos seres creados el uno para el otro.

El padre de Doña Canuta volvió solo á Sombrerete, su hija quedaba desposada con el Sr. de Fajardo.

La infeliz pareja se estableció en la Capital, porque los negocios estaban muertos en Tepic; una casa inglesa había monopolizado el contrabando y allí la existencia era imposible.

Aconsejóle Doña Canuta á su esposo que entrase en la política, y como por algo debe comenzarse aceptó el de Fajardo el

archivo del Ministerio de Relaciones. Todo debe comenzar por el principio.

El *de* que acompaña al Fajardo fué también invención de Doña Canuta.

Ya hemos explicado el por qué de la fortuna de esa familia. La naturaleza, que tiene aberraciones inconcebibles, había hecho nacer de aquellos dos fenómenos una niña hermosa y delicada.

Luz, era bellísima, unos ojos color de cielo con unas largas pestañas, una nariz griega, el óvalo de la cara perfecto, la boca pequeña y encarnada como un botón de rosa, el cabello rubio, el seno mórbido y la cintura de obeja.

Tras aquella mirada intensa vivía una alma noble, abierta á los sentimientos más puros.

Luz tenía diez y seis años, estaba en esa edad en que el corazón se despierta á las primeras impresiones, en que el horizonte está teñido de púrpura y color de rosa.

Luz había conocido al coronel Eduardo Fernández, en el teatro, Luz sintió en su alma los primeros rayos del amor primero, esa lluvia de fragancia sobre el corazón, es aroma de las primeras ilusiones, cuando el arco del cielo se tienden en el horizonte de la vida.

El coronel no había tenido lugar de enamorarse: ave de paso, galanteaba á todas las jóvenes; pero su entusiasmo se apagaba al primer toque que anuncia la salida de su regimiento. Eduardo sintió por vez primera el poderoso atractivo de una mujer, amaba con delirio á Luz y era correspondido.

Hay almas que van á su destino.

Al apercibirse la señora de Fajardo de estas relaciones, se había montado de ira, y en el silencio de su habitación, proyectaba en unión de su esposo un plan diplomático para arrebatársela al amor de un coronel de la República, de un *dicidente* de un *demagogo*.

El coronel marchó al asedio de Puebla y la fama de su valor llegaba en los diarios hasta Luz, que leía con evidez las noticias de la campaña. Doña Canuta se irritaba, y hacía á su infortunada hija rezar triduos por el éxito de las operaciones del ejército francés.

Merced á estas oraciones ayudadas por cuarenta mil franceses y cien piezas de artillería, la ciudad de Zaragoza cayó en poder de los invasores.

Esta noticia fué celebrada con un convite diplomático por la familia Fajardo.

Luz pretextó una indisposición y se quedó llorando en su aposento, pues ignoraba la suerte que habría corrido el coronel Eduardo.

Fernández se presentó á Luz después de la fuga de Puebla. Ella le recibió con aquel entusiasmo hijo del verdadero amor,

pero ¡ay! aquellos días no podían prolongarse, la lucha continuaba, y era necesario partir.

V.

Estábamos en el 31 de Mayo, el ejército había desocupado la ciudad, y Eduardo permanecería muy cortos momentos junto á su amada.

La despedida de su anciana madre le tenía conmovido profundamente.

Le faltaba otro trance bien amargo, la separación de Luz, objeto apasionado de su ternura y de su cariño.

Así le vemos encamirarse á la casa donde había de dejar acaso para siempre, á la mujer de su amor.

Luz estaba inquieta, separada de la concurrencia que invadía esa noche su casa, estaba en el balcón con su buena amiga Clara, una muchacha espiritual y llena de atractivo, confidente de los dos amantes.

Sin duda esperaba la llegada de Eduardo, porque su inquietud era grande.

Entretanto, el señor de Fajardo rodeado de sus amigos, decía en voz alta, no tanto que pudiera ser oído por personas extrañas, porque esto era poco diplomático:

—Este es negocio concluido, la Francia ha de ser siempre la Francia, [y en esto tenía razón,] el ejército vencedor en Crimea, no puede detenerse ante el barro de esas trincheras. El 5 de Mayo fué una gran casualidad. Laurencez estaba loco.

—Señor de Fajardo, respondió Doña Canuta, esa es mucha estupidez, y permitanme ustedes la palabra, el creer que la resistencia de Zaragoza significa un triunfo. La diplomacia exige ciertos golpes, y Monsieur de Saligny es hombre muy hábil, y él ordenó la honrosa retirada del ejército expedicionario.

—Querida mía, la diplomacia nunca ordena las cuasi derrotas, en ese caso sería obra de la estrategia.

—No participo de tu opinión; ¿qué quiere decir derrota? Señores, yo apelo al diccionario de la lengua.

—Transemos, querida esposa, porque tú eres uerte en; esa y otras materias; lo que yo digo, simplemente es que nuestro ejército francés no consiguió su objeto.

—He ahí otra inconsecuencia filosófica por la que no paso. El ejército salió vencedor puesto que obligó á Zaragoza á subir á un cerro, que era su plan de batalla; yo apelo al buen juicio de los que me escuchan.

—El año de veintiocho, señores, dijo un militar avinagrado, que dejaba trascender á leguas su culto por el Dios Baco,

UNIVERSIDAD DE BUENOS AIRES
BIBLIOTECA "ALFONSO REYES"
1625 MONTERREY, MEXICO

yo estuve en la jornada del Parian; el saqueo.....

—Fué un golpe de diplomacia, dijo Fajardo interrumpiendo al general.

—El saqueo como decía fué una combinación del momento y de fecundos resultados; porque eso que los demagogos llamaron desórden, fué precisamente la consecuencia.....

—¿Consecuencia de qué? gritó Doña Canuta; esa es historia antigua, entóncees no se hallaban los soldados á la altura que hoy.

—Pues un saqueo igual ha habido en China, replicó el veterano amostazado por el apóstrofe de Doña Canuta; y es que los saqueos están á la órden del día en todos los ejércitos, aún de los que no existen.

—Todos tienen razón, dijo el diplomático; nosotros hombres de raciocinio y la combinación, no nos curamos de esos incidentes, caminamos á un fin determinado, y el saqueo ó incendio de una ciudad nos es indiferente, es un punto omiso en la diplomacia.

El señor de Fajardo paseó una mirada triunfante por la concurrencia pidiendo aprobación, que le fué rendida por genuflexiones.

—Señores, dijo un mozalvete de patilla negra y lentes, es necesario confesar que el señor de Fajardo es todo un político, y que servirá de una manera *incisiva* en la próxima administración.

—Joven, respondió el señor de Fajardo acariciándose la barba, usted tiene corazón, es usted un hombre de porvenir.

—Es mi educando, ¡ya lo creol replicó Doña Canuta; me he encargado de su carrera, ya sabe el Telemaco y los verbos irregulares; no comprende la conjugación, le parece algo de luna; pero no importa, la conjugación es una cosa inconveniente; y además, para ser un buen diplomático no se necesita la gramática.

—Es cierto, dijo una vieja abominable; mi esposo no sabía los pronombres, escribía Jiménez con X y no por eso dejaba de ser un buen general; la maledicencia lo impugnaba de cobardía.

—¡La maledicencia! gritó Fajardo encendiéndosele la nariz hasta ponérsele como una remolacha; la maledicencia acusa al señor Almonte de *traición*, y ustedes ven que es todo lo contrario; él vendrá á confundir á sus enemigos con esa elocuencia que lo caracteriza.

—Niña, replicó otra vieja; los herejes no saben lo que dicen yo estoy por la monarquía que será lo que ponga en paz á Tirios y á Capulentos.

—A Tirios y á Gibelinos, querrá usted decir.

—Me es igual.

—El negocio de la monarquía, dijo, el diplomático, es una

cosa resuelta, he visto un opúsculo, admirable, parece que yo lo escribí, salido de la pluma de Gutiérrez Estrada, en que se demuestra hasta la evidencia que ese sistema es el único que puede plantarse con éxito en nuestro país.

—¡Muchachos, unos vasos de ponche!

—Es necesario que las costumbres se refinen, antes como antes y ahora como ahora; si, esposo mío, esos gritos son demasiado plebeyos, has uso de la campanilla.

—¿De qué campanilla?

—Sí, hombre, de la campana, que entre paréntesis, es necesario tenerla de resorte; hoy todo se usa de resorte.

—Sí, hasta las dentaduras; ya ves la.....

—Sí, hombre, comprendo, interrumpió Doña Canuta; y luego añadió por lo bajo: este bruto no es ni ha podido ser nunca un diplomático.

—Yo tengo un individuo que vende unos títulos de Conde, si ustedes saben quien los quiera comprar, los dá sumamente baratos, dijo uno de los concurrentes.

Una mirada se cruzó entre los Fajardos, mirada íntima que decía en buen castellano: ¡comprémosles!

El diplomático llamó aparte al concurrente y le dijo en voz baja:

—Usted dice que los títulos son baratos, bien, veremos; yo los puedo colocar, y usted puede tener algo de corretaje.

—Muy bien, mañana estaré por aquí con los pergaminos.

VI

En tanto que los Fajardos y su tertulia daban vuelo á su entusiasmo intervencionista y á sus miras ambiciosas, el coronel Fernández penetraba en uno de los aposentos más retirados de la casa.

Luz y clara se habían escurrido bonitamente de la sala y estaban al lado del coronel, que triste y silencioso tenía asida una mano de su novia, y con su brazo estrechaba aquella infantil cintura.

Clara se había acercado á la lámpara y se divertía en recorrer las páginas de un libro de misa, no sin estar atenta al menor ruido.

Eduardo no osaba pronunciar una palabra.

Repentinamente y cediendo á un esfuerzo supremo, exclamó con voz conmovida:

—¡Es necesario decirla adiós! ¡tendré valor para acercarme á tí por la postera vez? ¡Dios mío! mi alma no resiste los embates de mi infortunio!

¡Pobre Luz!.....pálida y triste como el ángel del dolor, llorosa y convulsa en su hondo pesar, parece que los encantos, como una ironía horrible, vienen á derramar sobre su frente toda la poesía del sentimiento todo ese perfume santo que circunda á una mujer que ama, y que en su última lágrima y pos-trer beso encierra todo el misterio de una amarga despedida.

La pobre niña fijó sus ojos húmedos y brillantes en la faz sombría del guerrillero, y dijo suspirando:

—Eduardo, lloro por que dejo de verte, porque mi vida pierde sus encantos sin tí, porque te amo!

Su cabeza se inclinó como la azucena al golpe de la lluvia.

¿Que decir á una mujer á quien se ama con pasión, cuando participamos de las mismas angustias?

El coronel permanecía contemplando con un éxtasis de dolor á aquella débil y hermosa criatura, cuyas lágrimas caían como las gotas de rocío en el pétalo de las flores.

Eduardo se arrojó á sus pies, la acarició, le juró mil veces que no la olvidaría; en aquel momento sintió que su valor la abandonaba, que ante aquella mujer debía sacrificarse nombre, familia, porvenir, todo en aras de ese amor angélico..... no; ese mismo amor exigía el sacrificio de la separación.

Eduardo no debía perder el prestigio de su cariño; aquella misma mujer cuyo amor le arrastraba hasta pensar en el olvido de sus deberes, le vería más tarde pequeño y miserable. El sufrimiento enaltece, los peligros hacen aparecer digno al hombre que arrostra todo ante su honor.

Es necesario partir, yo soy hijo de la revolución, y la hora ha sonado! Levantóse Eduardo violentamente; entonces Luz se arrojó á su cuello que ciñó con sus brazos.

—No, no partirás, le dijo; porque yo moriré cuando la esperanza se haya desvanecido en mi corazón.

—No, Luz, dijo con voz ronca el guerrillero; tú maldecirás más tarde este cariño; óyeme, esta sencia es la prueba que Dios pone á nuestro alcance para nuestro amor; resistámosla, mi corazón es tuyo, tu imagen vive en mi pensamiento en mis horas de infortunio, como esa lámpara en la soledad de la noche; sí, Luz, tú no desconfiarás de mi cariño, porque ofenderías á Dios.

Eduardo estaba aterrado, deseaba cargar con aquella mujer hasta el fin del mundo; sentía vacilar el suelo, con los brazos sobre el pecho contenía los hondos latidos del corazón.

Pasaban por su cerebro calcinado todos los recuerdos de sus amores, no turbados hasta entonces sino por nubes ligeras que al disiparse se hacía más hermoso el horizonte.

Sí, añadió, yo debo partir ¿no es verdad? ¿que sentirías al verme humillado ante los enemigos de mi patria, escondiendo las armas que tantas veces han defendido la libertad? ¿me despreciarías! Sí, Luz, me despreciarías y yo no podría ni aun

quejarme de tí. Si crees que se puede arrastrar una existencia de ignominia y envilecimiento, aquí está mi espada, rómpela, porque tendría vergüenza de conservarla; mi conciencia me diría: ¡infame! tu patria espira en manos extrañas y tú permaneces como un miserable en la molicie de las ciudades, ¡maldita la hora en que la patria p uso en tus manos ese acero!

A estas palabras, hijas de un noble entusiasmo, la joven se alzó erguida, noble, inspirada, y con acento seguro dijo al guerrillero: ¡marcha! mis lágrimas se han evaporado con la llama de tu aliento, mi corazón late como el tuyo, yo no había sentido nunca esta emoción que hace agolpar la sangre á torrentes á mi pecho; ¡la patria! yo he amado la tierra en que nací, amaba hasta las paredes y el lecho de mi aposento, como ama la golondrina su nido; pero ese sentimiento que todo lo concluye, que aconseja el martirio y que acepta la muerte, hasta ahora lo comprendo, sí, Eduardo, marcha á la guerra, toma este relicario, encierra mi retrato, guárdale como un amuleto de mi cariño, mi alma te acompaña á todas partes, yo le rezaré á la Virgen por tí, sólo ella comprende mi amor y mis angustias, adiós, un último abrazo.....y se escondió como una paloma en el pecho agitado del guerrillero.

Aquello era demasiado. Loco, delirante, abandonó Eduardo aquel lugar donde dejaba á la mujer de su amor, al ángel de su guarda, á la esperanza de su existencia!

Luego que Eduardo desapareció, todo aquel valor heroico desplegado por la joven, tuvo una reacción dolorosa, aquella alma elevada al cielo del entusiasmo, volvía á la débil guarida del pecho de una mujer.

—¡Me muero! exclamó Luz, y se arrojó trémula y delirante en brazos de su querida Clara!

CAPITULO II.

I.

El Coronel Eduardo llegó á donde esperaban impacientes sus compañeros y subordinados. Los corceles rascaban el suelo con sus herraduras y relinchaban con frecuencia al percibir el toque lejano de los clarines de aquella tropa que abandonaba la ciudad.

—¡El coronel dijo el capitán Martínez, y todos saltaron á sus caballos.